

Luisa Valenzuela

FISCAL MUERE

REITERAMOS

interzona
16:21
26°5

FISCAL MUERE



INTERZONA

FISCAL MUERE



Luisa Valenzuela

FISCAL MUERE



INTERZONA

INTERZONA

Valenzuela, Luisa
Fiscal muere / Luisa Valenzuela- 1a ed. -
Buenos Aires: Interzona Editora, 2019.
176 p. ; 22 x 14 cm. (Zona de Ficciones)

ISBN 978-987-790-043-9

1. Narrativa. 2. Literatura.
3. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© Luisa Valenzuela, 2021

© interZona editora, 2021
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Cuidado de edición: Luciano Páez
Composición de tapa: Fernando Ozón
Ilustración de tapa: Pixabay
Corrección: Anna Souza

ISBN 978-987-790-043-9

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



*El texto sólo puede ser comprendido en su totalidad como una
estructura en evolución, casi proteiforme.*

Ted Nelson, Proyecto Xanadu

TRIBULACIONES DE UN EX COMISARIO



Vocación o karma

¡Mil carajos!, imprecó entre dientes Santiago Alberto Masachesi; de qué me valió un retiro temprano de la fuerza si los delitos me siguen hasta en la sopa.

Para colmo sopa era la palabra. Porque estaba apreciando el minestrone de su prima Elba cuando esta le confesó, en voz baja porque hasta las plantas oyen, su alivio porque por fin sus dos hijos estaban vacunados.

El almuerzo tenía lugar en el patio de Elba, sito en un barrio de casas bajas con jardines acotados y florecientes. Sábado de sol y buena compañía. Nada obligaba al comisario, *ex*comisario, y por eso mismo nada ni nadie lo obligaba a plantear la pregunta. Pero la planteó.

Cómo puede ser, se extrañó, que tus hijos estén vacunados si ni han cumplido los treinta, no entran en el cupo.

Y bueno, qué querés que te diga, en fin, trastabilló Elba; pero vos no sos más comisario y sos mi compadre de toda la vida y ni sos del barrio así que te lo puedo contar. Es confidencial. Impecable. Por cinco mil pesitos cada uno, Sputnik Light, esa de una sola dosis. Valió la pena. Una tranquilidad con esta peste de mierda que no se va nunca. Vieron la botellita y todo.

Y Masachesi, que por cierto ya no ejercía funciones policiales pero igual el bicho le corría por la sangre —el bicho profesional, no el otro—, empezó las indagaciones como quien no quiere la cosa, saboreando con ganas el espeso minestrone. Y entre cucharada y cucharada, y tras exclamaciones del tipo ¡qué delicia!, preguntó: ¿En cuál vacunatorio?

En ninguno, en la pérgola de la plaza, pero el tipo tenía maletín médico y les dio comprobante.

Esta sopa está como para revivir a los muertos. Sí, solo un cucharón, gracias... y decime, ¿cómo pueden estar seguros de la vacuna que les vendieron?

El vacunador parecía un tipo serio. Les dijo que si dudaban en tres semanas fueran a hacerse el análisis de anticuerpos. Es gratis, se lo hacen a quien lo solicite, les dijo.

Y así, entre las milanesas con puré y los duraznos en almíbar –el tinto, buenísimo, lo había llevado él–, Masachesi pudo enterarse de que el tal vacunador era un médico del barrio, bueno, recién llegado al barrio desde su Córdoba natal, y estaba buscando una casa apropiada para instalarse con consultorio y todo. Las vacunas las daba con descuento para ir ganándose la confianza del vecindario y armar clientela. ¿Qué sensato, no?, comentó Elba al terminar su relación de hechos y también el almuerzo.

El excomisario, que había llegado a pasar el fin de semana largo en casa de su prima, casi una hermana menor, se retiró a la habitación de los muchachos con la excusa de la siesta. Lo que en realidad quería era cavilar a solas.

Y maldecir.

Maldita, recontramaldita vocación de policía, se lamentó Masachesi, puto sentido de qué sé yo, del deber, eso, que me hace correr tras sospechas de delito como perro sabueso.

Duro le resultaba contener el impulso de salir corriendo en busca del supuesto médico para ver qué se traía entre manos. Por lo pronto decidió poner en orden los datos que había logrado recabar durante el almuerzo tratando, eso sí, de no demostrar excesivo interés.

Una decena de personas vacunadas habían computado sus hijos, contó Elba. Ellos al principio dudaron, los convenció ver la botellita de cinco dosis, las jeringas descartables, la solvencia del médico con su mascarilla de quirófano, delantal blanco y guantes de látex.

Extraña figura allí bajo la pérgola donde solían reunirse los viejos a jugar al ajedrez. Pero sobre la mesa de cemento había extendido un mantelito pulcro, muy blanco, y un taper de telgopor como de helado con hielo seco para que no se corte la cadena de frío, y sobre el banco un almohadón donde debía sentarse el vacunado con la manga arremangada hasta el hombro. El lugar era muy resguardado pero al aire libre, se cumplía el protocolo; antes que ellos ya habían pasado por allí otros tres pacientes y las suyas eran las dos últimas dosis, les informó el médico. Y ya saben: pueden hacerse el test de anticuerpos pero hay que esperar al menos tres semanas para que la vacuna prenda. Así que por ahora les ruego no comenten esto con nadie, les pidió el médico; no es ilegal pero es irregular, y se me van a venir todos a pedir vacunas y yo apenas consigo una botellita por vez y con muchos resguardos. Recién el viernes que viene me llegan otras cinco dosis, es decir una botellita más; la cosa es así de especial y por eso mismo debo cobrar aunque sea un poco, para solventar los gastos de envío.

A Albertito, el hijo menor de Elba, que a todas luces algo había heredado de su padrino Masachesi, la curiosidad lo llevó el viernes a merodear el “vacunatorio”, ver quiénes asistían y por último seguir al médico a su guarida que resultó ser nada menos que la pensión-hotel de la Eulalia, pomposamente bautizada El Nuevo Esplendor, le aclaró Elba al excomisario.

Y el padrino de Albertito, excomisario él, rumió y rumió y decidió que no había tiempo que perder. Por lo mucho que debería importarle. Pero le importaba. Él era así, no sabía si por un tema de curiosidad personal o de bien público.

Sin pensarlo más, se caló los pantalones que se había quitado para tirarse sobre la cama, cambió su remera por una camisa blanca formal y se encaminó a la pensión con ínfulas de hotel. La Eulalia... bien que la había conocido años atrás, en tiempos de la infancia de su ahijado.

Esas muchas cuadras las caminó preguntándose por qué carajo se privaba de una buena siesta, ¡la puta! Había ido a la casa de

su querida prima hermana en este barrio parque detenido en el tiempo a descansar, y al toque zarpaba a meter las narices en otro asunto que no era de su incumbencia. Al menos ya no; tres años habían transcurrido lentos desde su retiro de la policía.

Vocación o karma, empezó a preguntarse. Vocación o karma, vocación o karma siguió punteando al son de sus pasos por la vereda, desierta a pesar de que la cuarentena rígida hacía ya un mes que había sido aplacada.



La mancha roja

No era la primera vez, claro está, que a Masachesi lo asaltaban esas dudas o que el destino le plantaba frente a sus narices ciertos casos irresueltos, como acertijos.

Era de prever, si lo pensamos bien, porque Masachesi mucho tenía y tiene de rara avis, de oveja negra, seres que suelen ser los elegidos del Señor de los Misterios.

Es insólito, por ejemplo, que a un comisario le interesen las artes plásticas, por más retirado que esté. Pero él era así, un tipo estrafalario a decir de sus colegas.

O fiel a sí mismo, cosa impensable en la fuerza. Razón por la cual acabó aceptando un retiro temprano cuando sintió que le cortaban las alas y ya no podría dedicar su tiempo a investigar los crímenes en su seccional, de eso se ocuparían los fiscales de la policía científica, unos fatuos bastante inoperantes, y él, el comisario más respetado de la comuna, debía poner todo su empeño en reprimir manifestantes y demás tareas inicuas. Se sintió indigno y sucio y aceptó la media jubilación que le ofrecieron con tal de sacárselo de encima. ¡Chau, Respetado!, lo saludaron sus colegas con cierto desdén y algo de afecto cuando él se despidió de ellos para siempre.

Pero para siempre no, entendió cierta mañana cuando leyó en el diario que acababan de abrir una galería de arte, casi frente a su antigua seccional, y allí exponía un talentoso pintor hiperrealista oriundo del barrio.

Masachesi vio su oportunidad. Más de una vez había intentado llevar a su querido nieto Ismael de visita a diversas galerías y mu-

seos, y el chico se había resistido como gato panza arriba, según propias palabras. Ahora no se resistiría, su *nonno* tenía el señuelo perfecto. Irían a la galería, sí; y prometé no hinchar diciendo que te aburrís, mirá bien los cuadros, tratá de interesarte y en premio te llevo a la comi a saludar a los muchachos y les podrás preguntar lo que quieras y hasta ver de cerca un arma reglamentaria. Porque el pequeño Ismael, de decididos siete añitos, no quería ser pintor, no. Quería ser comisario como su abuelo, ¡porca miseria!

Cuadros inmensos como gigantografías. Ese viernes por la tarde, Masachesi de traje y corbata e Ismael con su mejor jean y su peor expresión avanzaban lentamente por la galería, deteniéndose ante cada obra, el abuelo queriendo compenetrarse mientras el nieto miraba para otro lado buscando una vía de escape. Hasta que llegaron a una pintura asaz macabra con un cartelito que rezaba *El crimen perfecto, óleo sobre tela*. A Masachesi le indignó el título del cuadro, esa cosa no existe, se dijo, no hay crimen perfecto, y no le prestó atención a la imagen habiendo visto tanto de eso en la realidad. Pero Ismael, que jamás habría visto nada parecido en la realidad, solo quizá un atisbo en su calenturienta imaginación de niño proclive al detectivismo (tenía a quién salir), se quedó mirando a la mujer despatarrada sobre la cama, un brazo colgando en el vacío, enteramente vestida con pollera verde a cuadros blancos y amarillos algo arremangada pero no demasiado y una blusa blanca con cuello y puños amarillos, pintados con tal lujo de detalles que hasta al pequeño Ismael le resultaron admirables. Pero lo que en verdad le llamó la atención, lo que lo dejó clavado en su sitio un poco temblando y tratando de entender algo que no podía discernir, era la vibrante mancha roja que chorreaba del cuello de la mujer y corría a lo largo de su brazo hasta empapar el piso. El piso del cuadro, naturalmente. Y quedó como hipnotizado ante esa mancha, tan roja y brillante. Tan viva.

A pesar de sus escasos siete años recién cumplidos –pero eran años con grandes aspiraciones–, Ismael entendió perfectamente que se trataba de sangre, sangre que seguía manando como aque-

lla vez que se cortó con una hoja de papel la yema del dedo gordo y no había forma de parar el chorro. Rojo, rojo, rojo. Entonces el cuadro pintaba un asesinato, y el tierno aspirante a comisario-detective no podía ignorarlo. Un crimen perfecto, es decir nunca develado. ¡Vaya desafío!

Ante la mancha roja el chico parecía haber perdido la noción del tiempo. Su abuelo también. En la otra punta de la sala, Masachesi conversaba vivamente con la galerista. Ella había reconocido al viejo comisario, un hombre que decía estar al servicio de los vecinos, nada que ver con el que vino después, que más vale mantenerlo a distancia, sobre todo ahora con lo de la galería que vaya una a saber qué inconveniente podía encontrarle al local para sacar alguna tajada. Por suerte el pintor era hombre de raigambre en el barrio, y el nuevo comisario, que ya llevaba como tres años en el puesto, lo conocía bien y hasta lo respetaba, a su manera y sin relación alguna con las sutilezas del arte.

Esta última frase, sin mentar al comisario actual, la repitió la galerista cuando estuvo una vez más frente a Masachesi. ¿Sutilezas?, inquirió Masachesi, más sorprendido que otra cosa; parece algo brutal este pintor, tan frontal, tan imponente, me pregunto de dónde saca tanto realismo.

Hiperrealismo, le corrigió la galerista, y rio, y le contó al excomisario que el maestro se inspiraba en fotos, y bla bla, mientras Ismael los miraba de reojo. Cuando notó que nadie lo estaba observando, Ismael estiró con temor la mano, un dedo, hasta rozar la mancha roja, ese imán. Y el dedo le quedó manchado de rojo, y se acordó de Barbazul y la llavecita teñida de sangre y se pegó el susto de su vida, y cuando intentó refregarse el dedo manchado de rojo en el jean azul no pudo limpiarlo y así, con la mano hecha puño, se acercó cabizbajo a su abuelo.

Masachesi dejó a la galerista para atender a su nieto, que parecía enormemente preocupado, y como no había sido comisario en vano le preguntó qué escondía en esa mano cerrada y el chico dijo Nada, claro, porque en realidad no era nada, era algo mucho peor

que nada, y Masachesi entendió y le tuvo compasión y dulcemente le abrió la mano para ver ese dedo teñido de rojo. Óleo rojo, como sangre, y entendió algo sin entender muy bien y se dirigió al cuadro que había llamado la atención de su nieto.

¿Recién pintado?, se preguntó, pero por supuesto la respuesta era negativa. Los cuadros llevaban ya dos semanas colgados, se lo acababa de contar la galerista, y todo el resto parecía seco aunque esa mancha roja vibraba con el esplendor de la frescura. Como por sorprendente que eso parezca no había quedado huella alguna del dedo del niño en la obra, Masachesi a su vez se permitió contemplar el cuadro con detenimiento. Y la escena, si bien para él poco inquietante dada su vida anterior, igual le llamó la atención por resultarle curiosamente familiar. El colorido de la indumentaria de la víctima sobre todo, más llamativo aún para él que la mancha roja que parecía fresca y lo estaba. ¡Tan realista todo! Hiperrealista, se corrigió, pero no era eso. Vio que su conocida estaba atendiendo a otros visitantes así que permaneció frente al cuadro, contemplándolo a fondo mientras esperaba poder hablar con ella.

A Ismael le gustó que su abuelo se interesara por lo que a él le había llamado la atención, y sintió que al lado del *nonno* el miedo que había sentido frente a esa imagen y que recién empezaba a reconocer como tal, un miedo de cosquillas no del todo desagradables, se iba disipando, dejándole tan solo la curiosidad.

Sin embargo, la mancha roja en su dedo le devolvía la inquietud. Atinó a olerlo con disimulo, a pasarle muy levemente la lengua, y no era sangre, no; tenía olor y gusto a aceite, asqueroso eso sí.

Por su parte Masachesi, olvidado de su nieto, se preguntaba qué carajo tendría esa imagen que tanto lo interpelaba, hasta que logró recordar aquel remoto crimen, a pocas cuadras de allí si no se equivocaba, en tiempos en que él era un joven cabo y todavía no existía la palabra “femicidio”. Pero el asesinato de mujeres sí que existía desde siempre.

Y le llegó un sabor amargo, no a las papilas gustativas sino al corazón, quizá, o a esa región del cerebro donde se apilan las frus-

traciones. Porque él habría querido participar de la pesquisa para resolver el tal crimen que resultó perfecto por ausencia de culpable. Le habían permitido acercarse y ver a la muerta, para después considerarlo prescindible. Varias cosas le volvieron a la mente en el instante en que la galerista se acercó para preguntarle por qué se sentía tan atraído por la escena más truculenta de toda la exposición, si bien ella entendía que, claro, tratándose de un comisario, aunque fuera retirado, la escena le resultaba realista. Híper, que le dicen.

¿No se acuerda usted?, le preguntó él pero claro, ella había sido demasiado joven en aquel tiempo, aunque el barrio entero se había sentido conmocionado por lo que entonces se llamaba un crimen pasional, si bien no había candidato alguno a quien imputarle la tal pasión. Peor aún, había demasiados candidatos. Porque la muchacha ataviada a la hora de su muerte con la pollera a cuadros verdes y amarillos, tan llamativa, había sido –a decir del barrio– una casquivana. Y más aún, al menos así lo entendió el investigador a quien le tocó el caso, casquivana a sueldo, en pos del mango, alguien desdeñable. Pero por más puta que fuera, entendió en aquel entonces el cabo Masachesi, no merecía una muerte así, tan atroz. Ninguna muerte merecía en realidad esa joven que después de todo era pulcra y discreta, y si bien andaba con quien fuere no hacía escándalo y respetaba la apariencia, sí, la tranquila apariencia del barrio. Pero sus colegas superiores no se esmeraron en demasía, indagaron a los posibles sospechosos, muchos menos de los que se suponía habían pasado por ese cuarto de pensión, pero tampoco se trataba de alborotar el avispero y mancillar el buen nombre y honor de probos padres de familia que, bueno, una canita al aire se la tira cualquiera. Y ahí quedó la causa, durmiendo el sueño de los (in)justos a decir de Masachesi que no se desveló por eso pero sintió que algo andaba mal en la seccional, sentimiento nada nuevo para él pero qué le vamos a hacer, no le correspondía meter allí sus narices.

Vio qué excelente pintura, qué vívida es la escena, le dijo la galerista trayéndolo de regreso a la realidad. Parece que nos estuviera hablando, agregó. Está muerta bien muerta, le contestó Masachesi, que no iba a perder su buen criterio ni siquiera en aras del arte. Pero algo de razón tenía la galerista porque hete aquí que la pintura roja, esa chorrera de sangre, estaba fresca y seguía manchando por así decirlo. Y Masachesi lo dijo, y se lo dijo a la galerista con aire inquisidor. Algo debía averiguar, al menos.

¿Cómo es esto de la pintura fresca?, preguntó, sin delatar al nieto que estaba frente al ventanal viendo pasar a la gente.

Ah, dijo la galerista con orgullo; un hallazgo, una genialidad del maestro que para lograr este efecto tan impactante consiguió producir un óleo que no se seca más.

Impactante por cierto, mascullo el excomisario asumiendo poco a poco su viejo rol, muy a su pesar. Me pregunto de dónde habrá sacado la imagen tan exacta. Puro talento del maestro, insistió la galerista; la fórmula de la pintura siempre fresca la mantiene en secreto, pero lo otro no. Me contó que las imágenes son copia fiel (¡y admirable!) de viejas fotografías aparecidas en los periódicos. Esta, me contó, la copió de un viejo diario de escándalos, prensa amarilla que le dicen. El diario se llamaba *La Hora*, puede que usted lo tenga presente, ahí apareció la foto del crimen impune, muy impresionante, hasta mi mamá la comentaba en aquel entonces, me dijo ella ahora, recordándola. Tal cual la pintura, la foto. O viceversa.

Lindos colores, dijo entonces Masachesi. Y muy muy exactos, demasiado exactos, comentó para sí aludiendo a los colores del atuendo de la mujer en el cuadro, no en esa foto que de golpe le volvió a la memoria, la foto del diario. En blanco y negro.

Y ahí entendió todo.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA